



CAPITULO XXIV

El primer entusiasmo por la guerra.—Apertura de la Asamblea legislativa (Octubre del 91).

El primer entusiasmo por la guerra.—Vacilaciones de los políticos y de los militares.—El mundo llamaba á la Francia.—Odio de los reyes á la Francia.—Madama Lamballe en Inglaterra.—Inglaterra y Austria querían adormecer y enervar á Francia.—Suicidio universal de los reyes en el siglo diez y ocho.—El pensamiento íntimo de Austria y el pensamiento íntimo de la reina.—Reinado y caída de Barnave (Septiembre-Noviembre del 91).—Violencia interior del rey, de su hermana y de su hija.—El rey no quería ir á los emigrados.—Estaba dominado por los curas.—Su poder.—Los curas amenazados en París, eran omnipotentes en las provincias.—Francia comprende que el rey es su enemigo.—Apertura de la Asamblea legislativa.—Aparición de los Girondinos.—Discusión entre el trono y la Asamblea.—Discusión relativa á los curas y á los emigrados.—Respuestas hostiles de las potencias.—Noticias del desastre de Santo Domingo.—Noticias de la matanza de Avignon.

La nueva Asamblea elegida bajo la impresión del peligro público, debía llamarse no legislativa, si no Asamblea de la guerra.

El asunto de este y de algunos de los capítulos siguientes es el descubrimiento progresivo de esta verdad demasiado cierta: *Que el rey es el enemigo*, el centro (voluntario ó involuntario) de todos los enemigos interiores y exteriores. También en ellos se estudiará la salvación de Francia el 10 de Agosto por la caída del trono.

La Francia que lee, habla y discute aunque había malgastado mucha palabrería, se preocupaba poco de la acción y prefería no ver los peligros de la situación é ingeniándose en engañarse á si misma se esforzaba en creer que no llegaría la guerra.

Pero la Francia que no lee (es decir casi toda la nación), la que habla ménos, la que trabaja, como no tenía los mismos motivos para hacerse ilusiones, no imaginó que la cosa pudiera ser puesta en duda; creía en la guerra desde hacía mucho tiempo, creyó más firmemente en su posibilidad y se preparó para ella.

Desde lo de Varennes pedía fusiles y á falta de ellos se dedicó desde Enero á forjar picas.

La impresión de la fuga del rey, su deserción al enemigo, aquel hecho importantísimo, aquel hecho capital de una significación decisiva, pudo obscurecerse para el público ocioso y hablador que solo se ocupa en las novedades del día; más para la verdadera Francia, trabajadora y silenciosa, el mismo hecho fué siempre nuevo, presente y amenazador. Aquella Francia al recoger la cosecha, el fruto de su trabajo no pensó en otra cosa, y si la reja del arado tropezaba en una piedra dificultando la tarea, fué siempre la misma piedra la que se hallaba en todos los surcos.

No eran lo bastante discretos para pensar: «el emperador es un filántropo, Catalina una filósofa», y otras vanas razones accidentales y personales que no cambiaban lo más mínimo la naturaleza de las cosas ni de las necesidades profundas de la situación. Lo que sabían es que Francia por su Revolución, única en su clase, se hallaba aislada como un monstruo, se la miraba con terror; colocada entre los reyes temblando de odio y miedo y los pueblos apenas despiertos debía pensar ante todo en procurarse medios de defensa.

Y esto es precisamente lo que hizo. Desde el 89, en el momento en que nació, se arrojó sobre sus armas. El instinto le hizo comprender que tenía un enemigo algo desconocido que la amenazaba, á que dió el nombre de *los bandidos* y se dedicó á buscarlos de aldea en aldea.

El 90, en las federaciones, al comenzar su armamento pensó en la liberación de los pueblos, en su confederación universal sobre los derruidos tronos de los reyes.

El 91 conoció el pacto del rey con los reyes de Europa, comprendió el peligro que la amenazaba y se armó á prevención.

«Por que en fin (y este era el razonamiento sencillo pero sin réplica del último de los aldeanos): ¿olvidarán los reyes que hemos puesto nuestra mano sobre la monarquía al detener al rey en Varennes? ¿no se han visto todos cautivos en la persona de Luis XVI? El pueblo, en toda la superficie de la tierra, es siervo y prisionero del rey; sólo en Francia el rey es prisionero del pueblo. No hay arreglo posible... Gruñen todavía sin morder como el perro que va á acometer; necio será el que espere á que haga presa en su garganta.

A esta voz interior del sentido común respondía admirablemente la declaración de Pilnitz. Los reyes decían á Francia: «Si, no os engañais, ese es nuestro pensamiento.» Y esta declaración no circuló en los términos ambiguos de la diplomacia; corrió por los campos en la forma insolente y provocadora de la carta de Bouillé. Cayó como un reto; y como tal fué saludado con un gran clamor de alegría.

¡Ah eso es lo que pedíamos! Tal fué el grito general. Marsella desde Marzo del 91 solicitaba marchar al Rhin. En Junio todo el Norte, todo el Este, desde Givet hasta Grenoble aparece en un momento erizado de acero. El centro se conmueve. En Arcis de 10.000 varones parten 3.000. En alguna aldea, en Argenteuil por ejemplo, parten todos

sin excepción. La dificultad estribaba en que no se sabía á donde dirigirlos. El movimiento seguía extendiéndose como las vibraciones de un inmenso temblor de tierra. La Gironda escribió comprometiéndose á mandar en masa todos los varones, 10.000 hombres; el comercio de Burdeos al que arruinaba la Revolución y los vinicultores á los que enriquecía se ofrecieron unánimemente.

Una cosa basta para caracterizar aquella época, una frase digna de eterna memoria. En el decreto de 28 de Diciembre de 91 que organizó los guardias nacionales voluntarios obligándoles á servir un año, el castigo con que se amenazaba á los que abandonasen el servicio antes del año, era que: «durante diez años se verían privados del honor de ser soldados.»

He ahí un pueblo que se ha transformado. Antes de la Revolución nada le atemorizaba tanto como el servicio militar. A la vista tengo esta triste confesión de Quesnay (Enciclopedia, artículo Colono pág. 537): que los hijos de los colonos sienten tal horror á la milicia que prefieren abandonar los campos y ocultarse en las ciudades.

¿Qué se ha hecho aquella raza servil que humillaba su cabeza y se dejaba conducir como bestia de carga? Ya desapareció: hoy son hombres.

Jamás se hizo labor semejante á la de Octubre del 81; el obrero aleccionado por el hecho de Varennes y la declaración de Pilnitz pensó por vez primera, aquilató en su cerebro los peligros que le amenazaban y vió que querían arrebatárle todas las conquistas de la Revolución. Estimulado por el ardor guerrero, cuando en el campo trabajaba creía ver en todas sus tareas actos militares. Labraba á lo soldado, imprimiendo al arado el paso militar y al aguijonear á sus bestias gritaba á una: «¡Anda, Prusial!» á la otra «¡Arrea, Austrial!» Los bueyes adquirían la gallardía del caballo, la reja chirriaba contra la tierra, el negro surco humeaba como si tuviera aliento y vida. Y es que el hombre no soportaba con paciencia que le perturbasen en su reciente posesión, en aquel primer momento en que se había despertado en su alma la dignidad humana. Libre y trabajando en un campo libre si le golpeaba con el pie sentía debajo de él una tierra exenta de diezmos y gabelas, que era ya suya ó que lo sería mañana... No más señores: todos señores, todos reyes, cada uno en su tierra, realizado el antiguo refrán: «El pobre en su casa es rey.»

En su casa y fuera de ella. ¿Es que ahora la Francia entera no es su casa? Ayer venía temblando á mendigar justicia ante los Señores como si pidiera gracia; tenía que pagar primero y después se burlaban de él. Hoy es el juez él mismo y administra la justicia gratis á los demás. Ved al aldeano, asesor del juez de paz, miembro del consejo municipal, uno de los nuevos magistrados, elector (había de tres á cuatro millones) si paga tres jornadas al año. Y quién será el que no las pague, quién no será propietario, al precio á que se da la tierra, ofreciéndose con tantas

facilidades, como si dijera: «Tómame; ya pagarás cuando puedas.»

La primera cosecha bastaba con frecuencia para pagar, ó la primera corta de árboles, ó alguna tierra que se revendía, ó algo de plomo quitado de un techo.

Pero no es esto solo, amigo, ya eres un hombre público, un ciudadano, un soldado, un elector; ya eres responsable. ¿Sabes que tienes una conciencia que es preciso interrogar? ¿Sabes que ese gran número de magistrados, incesantemente renovados, obliga á todo el mundo á que sean magistrados? Esta es en efecto la grandeza de la Constitución del 91; debilitando el poder público, estrechando poco el lazo político, restringiendo poco, oprimiendo poco, hace por esto un llamamiento inmenso á la moralidad individual. Ley generosa y benévola invita á todos los hombres á ser buenos y prudentes y á confiar solo en sí mismos. ¿Por su misma imperfección y por su silencio la ley dice al hombre: no tienes ya en tu razón una ley interior? Sírvete de ella para suplirme en caso de necesidad y sea ella tu ley... Ya no eres un mísero siervo que puede confiar á su dueño el cuidado de la cosa pública: tuya es, y el cumplirla es tu deber. A tí te incumbe defenderla y gobernarla; y á tí, según tu fuerza, ser la providencia del Estado.

Este llamamiento mutuo fué escuchado. Fué el despertar de la conciencia pública en el alma del individuo. Una solicitud siempre despierta por el interés de la patria y del género humano llenó todos los corazones. Todos se sintieron responsables por la felicidad de la Francia y ésta por la del mundo entero. Todos se apercibieron á defender en la Revolución, aun á costa de sus vidas, el tesoro común de la humanidad.

Este fué el pensamiento santo y guerrero de las elecciones del 91, las cuales fueron obra de toda la Francia y no el resultado especial de las intrigas jacobinas, como tantas veces se ha repetido. Las consecuencias lo demuestran de una manera palpable. La Asamblea, lo mismo que la Francia, se declara en favor de la guerra. Los Jacobinos (por lo menos la mayoría de ellos, los directores) fueron partidarios de la paz.

No, ni la prensa ni los clubs ejercieron la principal influencia en este movimiento inmenso, sencillo y espontáneo. Si fué poderoso lo fué sobre todo en el pueblo que no lee, en las poblaciones diseminadas, aisladas por la naturaleza de su trabajo. Todos la hallaron en sí mismos, en el sentimiento de su nueva dignidad, en su fe naciente. El pensamiento que dominaba en las calles de las ciudades, surgía también en los campos, hasta en la labranza solitaria, y tal vez allí, como no tenía con quien comunicarse, se engendró más poderosa todavía. Fué siempre fermentando; á medida que cesaron los trabajos y empezaron á fines de Diciembre á reunirse con frecuencia bajo los pórticos de las iglesias ó en las tertulias nocturnas. A consecuencia de estas conversaciones de vez en cuando desaparecía un joven, después otro que iban, á pesar de

los rigores de la estación, caminando entre la nieve á inscribirse en el distrito para partir lo antes posible. «No hay armas», les decían: y entonces volvían y se dedicaban á fabricarlas. En Enero del 92 un distrito de la Dordogne envió una comisión á la Asamblea para declarar que había forjado tres mil picas y que no comprendía cómo no se la había obligado á partir.

Así durante el otoño y durante el invierno, circuló por Francia entera, contenido y como en voz baja, un gigantesco *ça ira*; canto verdaderamente nacional, que cambiando fácilmente de ritmo, respondió siempre y á maravilla á las emociones de nuestros padres. Fraternal en el año 90, había removido el Campo de Marte, edificado el altar de la patria. En el 91 acompañó á los jóvenes voluntarios que cuando iban á pedir armas lo cantaban para animarse mientras cruzaban los caminos en los rigurosos días del invierno. Si el bramido de los vientos, el alboroto de los clubs no os impiden oírlo, percibiréis las primeras notas bajas y enérgicas del canto heroico, que es ora rápido, ora gallardo y guerrero; el 92 va á darle el impulso de la cólera: de pronto estallará con el fragor de las tempestades.

El mundo empezaba a oírle desde la huída de Varennes como un vasto y profundo murmullo. La Asamblea cerraba los oídos. Los mismos directores de la prensa y de los clubs, desconocían su significación; sumidos en aquel ruido general, prolongado, sordo y monótono, no le escuchaban precisamente porque le oían siempre. No adivinaban en manera alguna aquella cosa inmensa, fatal é invencible que estaba en el fondo de aquel ruido: el rugido del gran océano revolucionario que iba á traspasar sus orillas.

¡Cosa extraña y ridícula!: disputaban con el océano, hallaban argumentos nimios con que objetarle, preguntábase con gravedad: ¿le detendremos ó no le detendremos?... Quizás podían contenerle un momento, pero al acumular las olas acumulaban los peligros.

Los políticos pensaban: «esperemos, la situación interior no ofrece seguridad.» Y los militares «esperemos, formemos un ejército: no se hace la guerra con hombres, sino con soldados.»

La Asamblea constituyente, que restablecía al rey y trataba de aplacar á los reyes, no curaba de atender el movimiento popular. Hubiera temido tanto á sus defensores como al enemigo. El 21 de Junio, el día del peligro había decretado una leva de 300.000 guardias nacionales; pero el 23 de Junio redujo el número á 97.000; asustándole aún este número ideó un medio ingenioso para reducirlo, y fué encarregar á los directorios de los departamentos el gasto y sostenimiento del equipo de aquellos que no podían costeárselo (4 de Septiembre). El 8 escribió el ministro á la Asamblea que no tenía armas más que para los 45.000 voluntarios que se enviaban á la frontera del Norte y aún estas se habían recogido á duras penas. En la frontera no encontraban ni víveres ni alojamiento. Los oficiales aristócratas se burlaban de su mise-

ria y de su miserable equipo; los espadachines les desafiaban; en algunos lugares se hablaba de poner frente á ellos á los regimientos regulares y de acuchillarlos.

La misma Asamblea legislativa procedió con gran lentitud; hasta el 22 de Noviembre no redactó un proyecto de organización para los voluntarios, no publicando el decreto hasta el 28 de Diciembre. Estas dilaciones, al parecer prudentes, eran imprudentes en gran manera. Cuanto más se tardara más era de temer que pasara la oportunidad del momento, momento sagrado, irreparable, en que la guerra no hubiera sido guerra. Entonces y lo sabemos por confesión de nuestros propios enemigos el mundo amaba á Francia. ¿Por qué? Porque aun era pura. Se habían cometido algunos actos de violencia; pero Europa los consideraba como crímenes individuales, como excesos particulares que se producen siempre en todos los grandes trastornos políticos. Hasta los asesinatos de Septiembre del 92 no se dirigió contra Francia ninguna acusación nacional. Se reconocía que jamás ninguna revolución había costado menos derramamiento de sangre.

Francia el 91 aparecía joven y pura como la vírgen de la libertad. El mundo estaba enamorado de ella. Desde el Rhin, desde los Países Bajos, desde los Alpes la invocaban voces suplicantes: en cuanto hubiera traspuesto las fronteras hubiese sido recibida de rodillas. No se presentaba como una nación, sino como la justicia, como la razón eterna, no pidiendo nada á los hombres sino queriendo realizar sus mejores pensamientos y conseguir el triunfo de su derecho.

¡Días sagrados de nuestra inocencia, quién no os echará de menos! Francia no se había entregado todavía á la violencia, ni Europa al odio y á la envidia. Desde fines del 92 todo va á cambiar y los pueblos se dirigirán contra nosotros en unión de sus reyes. Pero entonces, en el 91, bajo la apariencia de una guerra inminente había en el fondo de la gran alma europea una concordia conmovedora. Recuerdo dulce y amargo ha dejado una lágrima hasta en los ojos secos de Goethe, del gran satírico, del gran doctor que se llamaba á sí mismo «el amigo de los tiranos». Aquella lágrima la guardamos también en nuestro corazón y á menudo nos conmueve en sueños ó despiertos con un profundo pesar por la fortuna de la Francia: lágrima que muchas mañanas humedece nuestra almohada.

Las miserables desconfianzas que hemos visto en nuestros días (*Italia quiere obrar por su cuenta, Alemania quiere obrar por su cuenta*) no habían nacido en ningún espíritu. Francia no daba un paso en el camino de la libertad sin que se conmoviera Alemania de amor y de alegría. Oprimida como estaba exclamaba: «¡Oh si viniera Francia!» En el Norte una mano invisible escribía sobre la mesa de Gustavo: «Nada de guerra con Francia». Entonces sabían todos que por todos trabajaba, que no quería la guerra sino con el fin de establecer la paz. ¡Fiaban en ella y cuánta razón tenían! ¡Cuán poco pensaba en sus in-

tereses! No tenía más que uno solo: la salvación de las naciones. Excepción hecha de Lieja y de Saboya, dos pueblos que hablan el mismo idioma y que son nuestros hermanos, nada quería Francia. Por nada del mundo hubiera arrebatado una pulgada de territorio á las otras naciones. Nadie, y aun es desconocida esta idea, fué menos conquistadora que Francia en aquellos sagrados momentos; fueron precisos el tiempo, los obstáculos, la tentación del peligro para que pensara en su propio interés y se hiciera injusta.

El 91 Francia tenía su sentimiento, el sentimiento de su virginidad poderosa; marchaba con la cabeza erguida, el corazón puro, sin interés personal; comprendía que era adorable y en realidad era adorada por las naciones.

Comprendía perfectamente que el amor de los pueblos le aseguraba para siempre el odio invariable de los reyes, de los mismos reyes á los que hubiera podido ajustar las cuentas la revolución. Por instinto adivinaba esta verdad, tan poco conocida de los diplomáticos, acostumbrados á ver en todas partes el interés como el móvil de todos los actos: «Los hombres, aun contra el interés, se guían por la naturaleza, según sus costumbres; y al seguirla se imaginan que atienden solo á la utilidad.»

La única diferencia que hubo entre los reyes relativa á la Revolución, es que los unos hubieran querido degollarla; mientras que otros, más temibles, llegaban suavemente, para ahogarla con la almohada como Otelo.

Dos personas odiaron la nueva Francia con odio profundo y feroz: la gran Catalina y Pitt.

En vano dicen algunos que la primera estaba demasiado lejos para interesarse demasiado en el asunto. Nadie se apasionó tanto sin embargo contra ella. Hasta entonces, aquella mujer alemana, usando y abusando del gran pueblo ruso, había caminado sin obstáculos. Brillante, espiritual, risueña, desde el asesinato de Pedro III hasta las matanzas de Ysmail y de Praga, que ordenó ella misma, desafiaba á Dios con la risa en los labios. La terrible Pasiphae (¿diré Pasiphae ó Minotauro?) que tuvo un ejército por amante, iba saciándose sobre todos los pueblos y sobre todos los hombres. No es necesario decirlo, basta con ver los retratos de aquella vieja con su greca de cabellos blancos, dirigidos al cielo, desnudo el seno, la mirada lúbrica y dura fija en su presa, el insaciable abismo que nunca dice: basta.

El 14 de Julio del 89 se sintió herida en el rostro; ni la distancia, ni la separación de los intereses importaron nada. Ella sintió que se alzaba una barrera en el extremo occidente, que en este mundo perecía la tiranía y que era su heredera la libertad. Y comenzó á sufrir. Poseía la Turquía y se preparaba á devorar la Polonia. Empujaba á los alemanes hacia el oeste; parecía decirles: «id, os lo permito, os he dado la Francia». Los fuertes no se ruborizan; ella se atrevió en una carta des-

carada á reprochar á Leopoldo su inacción, su mal corazón, preguntándole cómo podía abandonar á su hermana María Antonieta. Por un ligero disgusto dado á la hermana del rey de Prusia, aquel príncipe caballeresco había invadido la Holanda ¿no era aquel un ejemplo bastante para avergonzar al emperador?

Devolvió sin abrirla la carta en que Luiz XVI anunciaba á las potencias que había aceptado la Constitución.

Envió un embajador á los emigrados de Coblenza. Halagaba á Gustavo III con la esperanza de que con los subsidios de España y de Cerdeña le proporcionaría una flota y le lanzaría con ella sobre Normandía y Bretaña. El 19 de Octubre concluyó un tratado expresamente sobre este armamento.

Mr. Pitt y Leopoldo manifestaban menos impaciencia. Y no era porque el primero sintiese menos odio hacia la Revolución. Desde sus dunas, arrojando sobre la Francia una mirada aparentemente distraída, Pitt gozaba profundamente. El inmenso negocio de la conquista de la India que hacía entonces Inglaterra, no le permitía obrar. ¿Pero cuál no sería la alegría íntima, exquisita y deliciosa de aquel inglés que veía, sin ningun esfuerzo por su parte, bajar al fondo del abismo á aquel rey que había salvado á la América? La reina sentía un miedo horrible hacia Mr. Pitt: «No hablo de él, decía ingenuamente, sin estremecerme». En Agosto envió á Londres á madama Lamballe para interesar y pedir gracia. Era tan poco lo que la reina había comprendido la grandeza de la Revolución que siempre estaba dispuesta á considerarla como una venganza de los ingleses, como un complot del duque de Orleans apoyado por ellos. En realidad la gran mayoría de los ingleses volvía á ser favorable á Luis XVI. La influencia del libro de Burke sobre ellos había sido inmensa. Los acontecimientos de Varennes les impresionaron vivamente. Los ingleses en su *loyalisme* feudal y monárquico se indignaban de ver á la Francia, no ya decapitar á su rey como ellos habían hecho con el suyo, sino lo que era más humillante, absolverle y perdonarle. Aquella indignación ocultaba en realidad un secreto temor: la Francia se inclinaba á la República. ¿Qué sería de la vieja Europa en presencia de aquel fenómeno, una República colosal, joven, audaz, que pretendería hacer el mundo á su semejanza! Los constitucionales que dirigían entonces á la reina, se apoyaban en los ingleses para impedir aquel acontecimiento. La amiga de la reina iba á decir á Inglaterra que Francia no tenía otra ambición que imitarla; que la Revolución francesa, enmendada y arrepentida, en la Revisión iba á caminar hacia atrás y á ajustar su Constitución al eterno modelo, la sabia constitución inglesa. Pitt respondió á estos avances con una sinceridad salvaje que ciertamente Inglaterra no toleraría que Francia fuese republicana, *que salvaría la monarquía*. Ni una sola palabra de *que salvaría al monarca*.

Lo que convenía á Inglaterra lo mismo que al Austria era que